

La Superioridad de Cristo sobre los Ángeles

Echemos un breve vistazo a lo que hemos repasado. Dios ha hablado, y todavía habla. Nos habla en Su Hijo, ese Hijo unigénito —el Señor— que estaba en el principio con Dios, y que era Dios. Este Hijo, por medio de quien Dios nos habla, es el heredero de todas las cosas, porque en Él fueron creadas todas las cosas. Además, Él es la imagen del Dios invisible (Colosenses 1.15), la impronta misma de Su sustancia y el resplandor de Su gloria; y porque Él es todo esto, y porque lleva en Su propia vida toda la creación con los pecados y la maldición del mundo entero, Él mismo, y por Su propia causa, ha hecho una reconciliación, una limpieza del pecado, y está sentado *“a la diestra de la Majestad en las alturas; hecho tanto superior a los ángeles, cuanto ha heredado un nombre más excelente que ellos”*. Hebreos 1.4

“Hecho tanto superior a los ángeles”. ¿Cuán superior? —Tan superior como para tener un asiento a la diestra de la Majestad en las alturas, un lugar que es infinitamente más alto que el ocupado por el ángel más encumbrado; y este lugar lo tiene por derecho, porque *“ha heredado un nombre más excelente que ellos”*.

El “Nombre Más Excelente.”

¿Cuál es el nombre “más excelente”? Es un nombre que Él tiene por herencia, y por lo tanto debe ser el Nombre del Padre. Dios el Padre mismo se dirige al Hijo como Dios, diciendo: *“Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos”*. Él es tanto más excelente que los ángeles, cuanto el Creador está por encima de lo creado. En Cristo fueron creados los ángeles en el cielo (Colosenses 1.16), de modo que es imposible que cualquier ángel pueda igualar al Hijo en rango y poder. El lugar que ocupa, lo tiene por derecho de herencia, como el Hijo unigénito de Dios.

“Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy? Y otra vez: Yo seré a Él Padre, y Él me será a Mí Hijo?”

A esta pregunta solo puede haber una respuesta: a ninguno de ellos. Pero Dios se lo ha dicho al Hijo. Se lo ha dicho al Hijo, porque es verdad del Hijo. Los ángeles son hijos de Dios (Job 38.7), pero no en el sentido en que lo es Cristo. Él mantiene una relación con el Padre a la que el ángel más elevado no puede llegar, porque no nació para ella como Cristo.

Nosotros también somos Hijos.—

Pero *“¡mirad cuán gran amor nos ha otorgado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios!”* “Antes de la fundación del mundo”, Él *“nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de Su voluntad”*. Efesios 1.4, 5. A nosotros Dios

nos dice lo que no ha dicho a ningún ángel, pero lo que ha dicho a Cristo, el Hijo unigénito: *“Os recibiré, y seré para vosotros Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas”*. 2 Corintios 6.17, 18, R.V.

No hay nada en esto que haga que un alma se sienta orgullosa y exaltada, aunque la posición prometida es la más alta que está en el poder de Dios otorgar. Al contrario, produce verdadera humildad, en el sentido de que exalta el amor infinito de Dios, y el poder infinito que puede tomar criaturas de polvo, y criaturas caídas además, y hacerlas *“aptas para participar de la herencia de los santos en luz”*. Es la herencia solo de los mansos. Porque Cristo poseyó, incluso estando aún en el cielo, la mente de humildad que le llevó a tomar la forma de siervo, como ya tenía el carácter de siervo; por tanto, *“Dios también le ha exaltado en gran manera, y le ha dado un nombre que es sobre todo nombre”*. Filipenses 2.5-9. Es solo en la gentileza y humildad de Dios que podemos ser hechos grandes. Pero con todos los que lo aceptan humildemente, Cristo comparte todo lo que hereda: Su carácter, Sus posesiones, Su gloria, Su nombre. Véase Romanos 8.17; Apocalipsis 21.7; Juan 17.22; Apocalipsis 3.12.

El Hijo del Hombre Exaltado.—

Jesús se sienta a la diestra de la Majestad en las alturas —¿pero en qué capacidad?— Como el Hijo del hombre; porque *“esto de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo”*. Efesios 4.9, 10. Todo esto le sucedió al *“Hijo del hombre”*. Mateo 20.17-19. No sería más de lo que los hombres esperarían que Dios diera a Su Hijo unigénito el lugar que tenía por derecho desde la eternidad; pero aquí vemos al Hijo del hombre exaltado a esa misma posición, —ese Hijo del hombre cuyo *“aspecto fue desfigurado más que el de cualquier hombre, y Su forma más que la de los hijos de los hombres”* (Isaías 52.13, 14), de modo que apenas tenía la apariencia de un hombre, y que en Su total humillación dijo: *“Soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo”*. Salmo 22.6. *“A este Jesús levantó Dios”*, y por la resurrección de los muertos se demuestra que Él es el Hijo de Dios así como el Hijo del hombre. Romanos 1.4. Fue por la resurrección declarado Hijo de Dios con poder *“según el Espíritu de santidad”*, porque fue a causa de Su santidad a través del Espíritu que fue imposible para la tumba retenerlo. Hechos 2.24. Debido a que Cristo fue desfigurado, maltratado y degradado más que cualquier hombre, y sin embargo, por el Espíritu de santidad, fue mostrado como el Hijo de Dios, y exaltado al trono de la Majestad en las alturas, no queda lugar a dudas de que el hombre más humilde puede, a través de Él, alcanzar la misma posición. *“Él levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para sentarlos con los príncipes y hacerles heredar un trono de gloria”*. 1 Samuel 2.8.

“Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios.”

Dios no hace nada arbitrariamente. Todo lo que Él hace permanece firme por los siglos de los siglos, porque contiene la sustancia de la eternidad, a saber, la verdad. Él no, como los hombres, coloca a las personas en una posición puramente artificial y exige que reciban homenaje debido a su posición y entorno; sino que con Dios el carácter hace la posición. Él no exigió que todos los ángeles adoraran a Cristo porque Él lo había colocado arbitrariamente sobre ellos, sino porque Cristo era digno de adoración; y los ángeles vieron en Él lo que exigía su adoración. En la humillación más profunda de Cristo, cuando demacrado y agotado por la carga del pecado y el conflicto con Satanás, cuando golpeado y maltratado, Su rostro cubierto de vergüenza y esputo —incluso entonces llevó consigo una autoridad y dignidad real, que fue sentida incluso por aquellos que se burlaban de Él por Su apariencia, pero que le habrían rendido homenaje si hubiera venido con la pompa y los atuendos externos de un rey. Él era rey por la fuerza del carácter, y por lo tanto se le concedió el homenaje debido a un rey, incluso mientras estaba ataviado como un criminal degradado. En Su posición más humillante tuvo honor real, para mostrarnos que en la posición verdaderamente más exaltada debe haber humildad. El verdaderamente noble no se exalta a sí mismo —no tiene necesidad de hacerlo. Solo en ausencia de grandeza hay jactancia de nombres y títulos, y la arrogación a uno mismo de posición y homenaje. Jesús demostró Su derecho a ser el más alto sobre todos, y a recibir la adoración y el homenaje del universo, por la posesión en la más profunda pobreza y humillación de un carácter que forzó la adoración de los ángeles más elevados de Dios.

“Y de los ángeles dice: El que hace a Sus ángeles espíritus [vientos, R.V.], y a Sus ministros llama de fuego. Pero del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; Cetro de rectitud es el cetro de Tu reino. Has amado la justicia, y aborrecido la iniquidad; por tanto, Dios, Tu Dios, Te ha ungido con aceite de alegría más que a Tus compañeros. Y: Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra; y los cielos son obras de Tus manos. Ellos perecerán; mas Tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura; y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero Tú eres el mismo, y Tus años no se acabarán.” Hebreos 1.10-13

Dios no ha exaltado al Hijo a expensas de los ángeles. El orgullo y la ambición humana se exceden a sí mismos, buscando exaltarse a expensas de los demás. Es una falla común en los hombres, despreciar a los demás para que el yo pueda sobresalir. Cuando hacemos eso, no pensamos que el hecho mismo de que debamos despreciar el valor de los demás para que nuestro valor sea visto es evidencia de que el nuestro es muy pequeño, más pequeño que el de aquellos a quienes buscamos despreciar. Solo el verdadero valor puede reconocer el valor. El capítulo que tenemos ante nosotros muestra la superioridad infinita de Cristo sobre los ángeles, pero de ninguna manera les da a los ángeles una posición baja. Sin embargo, de su grandeza y obra hablaremos en el próximo artículo. Notemos ahora lo que se dice del Hijo.

Cristo es Dios.—

“Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos”. ¿Quién dice esto? —Dios, el Padre. ¿A quién se lo dice? —“Al Hijo”. El Padre, por lo tanto, se dirige al Hijo como Dios, mostrando así que

Él es digno de toda adoración. Esto es darle la posición más alta en el universo, o, más bien, reconocer Su derecho a ella, la posición que tiene a la diestra de la Majestad en las alturas.

La Palabra de Dios.—

Vale la pena de paso aprender una lección sobre cómo debemos leer las Escrituras. Las palabras, *“Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos”*, son citadas del Salmo 45.6. Quien lea ese Salmo diría naturalmente que son las palabras en las que David se dirige a Dios. Todo eso es cierto, pero no es toda la verdad. La verdad, como vemos en el primer capítulo de Hebreos, es que las palabras son las propias palabras de Dios, mostrándonos que cuando leemos las Escrituras, debemos leerlas, no como las palabras de los hombres, sino como son en verdad, las palabras de Dios. Esta es una ilustración de la declaración en el primer versículo: Dios habló por los profetas.

Un Reino de Justicia.—

“Cetro de rectitud es el cetro de Tu reino”. ¿Qué es un cetro? —Es un símbolo de poder. Es el emblema de poder y autoridad real. El hecho de que el cetro del reino de Cristo sea un cetro de justicia muestra que el reino es un reino de justicia. Cristo gobierna en justicia.

Él vence, *“no con ejército, ni con fuerza”*, como los hombres entienden esos términos, sino por la justicia inherente de Su causa. *“Justicia y juicio son el cimiento de Tu trono”*. Salmo 89.14. El margen de la versión común tiene “establecimiento” o “fundamento”. El trono de Dios —el trono de Cristo— es por los siglos de los siglos, porque está fundado en la justicia —es justicia. Todo lo que es justo debe permanecer para siempre. En esto tenemos una lección que aprender: No necesitamos preocuparnos por defendernos a nosotros mismos y nuestros casos; todo lo que tenemos que hacer es dejarnos en las manos de Dios para que Él obre Su voluntad justa en nosotros, y nuestro caso se mantendrá, no importa lo que se diga y se haga para derribarlo. *“El mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”*. 1 Juan 2.17.

Amar la Justicia—Odiar la Iniquidad.—

“Has amado la justicia, y aborrecido la iniquidad”. Los hombres suelen transponer los términos, poniendo primero el odio a la iniquidad. Y luego, con demasiada frecuencia, olvidan el segundo término. Amar la justicia debe preceder a odiar la iniquidad. Cuando ese es el caso, no hay peligro de que el odio a la iniquidad sea omitido; porque lo primero incluye lo segundo. Si uno realmente ama la justicia, eso es en sí mismo odio a la iniquidad; *“porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?”* 2 Corintios 6.14. La justicia es luz; la injusticia es tinieblas. La luz no tiene comunión con las tinieblas, no porque decida arbitrariamente excluir la oscuridad de su compañerismo, sino porque la oscuridad no puede entrar donde hay luz. Donde hay luz, no puede haber oscuridad. Hay una forma común entre los hombres de declamar contra la

iniquidad, para mostrar su odio a ella. Es como si una vela gritara continuamente contra la oscuridad para mostrar que no tiene compañerismo con ella, pero el hecho de que deba estar siempre hablando contra la oscuridad, para mostrar su aborrecimiento, es prueba de que ella misma no es más que oscuridad. El hombre que no tiene otra forma de mostrar su propia bondad que hablando contra los malos actos de los demás, no tiene suficiente justicia para ser visto. La luz no tiene nada que hacer sino brillar; al hacerlo, ahuyenta la oscuridad, y eso es mucho mejor que las declamaciones contra ella.

No somos enviados al mundo para perseguir el pecado, —para buscarlo, rastrearlo hasta su guarida, investigarlo, atacarlo y exponerlo a la vista para que sea odiado— y luego amado. ¿Qué debemos hacer entonces con el pecado? —Dejarlo solo; simplemente amar la justicia; ser una fuerza positiva en lugar de meramente negativa. Si uno va hacia el norte, necesariamente se aleja del sur. Así, uno no puede amar y buscar la justicia sin huir de la iniquidad.

Un Reino de Gozo.—

“Dios Te ha ungido con el aceite de alegría más que a Tus compañeros”. ¿Qué significa la unción? —Separación para un oficio especial. Sacerdotes, profetas y reyes son así investidos en sus cargos. Cristo es Profeta, Sacerdote y Rey, pero sobre todo, Rey. Su poder como Profeta y Sacerdote se deriva de Su autoridad como Rey. Pero ¿cuál es la naturaleza de Su reino? Ya hemos visto que es un reino de justicia; ahora vemos que es un reino de gozo, porque el aceite de la unción muestra el carácter del reino. Cristo fue ungido con el Espíritu Santo. Hechos 10.38. Así que el reino de Dios es *“justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”*. Romanos 14.17.

Los súbditos del reino de Cristo, por lo tanto, deben ser gozosos y alegres. No es que deban serlo, sino que deben serlo. No estar gozoso en Dios es evidencia de que Cristo no es reconocido como Rey. El que acepta a Cristo, y la justicia de Dios que necesariamente viene en Cristo, no puede estar sino alegre en el Señor. *“Has amado la justicia;”* —por tanto, Dios Te ha ungido con el aceite de alegría. El gozo acompaña a la justicia tan ciertamente como la luz acompaña al sol naciente.

Pero fíjense; no debemos hacernos alegres a nosotros mismos. No tenemos que forzar el gozo; ni simularlo. Si el gozo no es espontáneo, no es gozo. En el mundo, el gozo es a menudo ficticio; es el resultado de eventos pasajeros, y por lo tanto momentáneo, o se finge para encubrir una infelicidad real. Esa es la manera en que el mundo da paz y gozo. Pero Cristo no da como el mundo da. Él da un gozo inafectado por las circunstancias. Jesucristo fue *“hombre de dolores y experimentado en quebranto”*, y Él dice que Sus discípulos tendrán tribulación en el mundo: sin embargo, Él era un hombre de gozo, porque dijo: *“Estas cosas os he hablado, para que Mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo”*. Juan 15.11. E incluso al decir que la tribulación debe venir, dice: *“Tened buen ánimo”*. Juan 16.33. Un gozo inafectado por la tribulación y la aflicción vale la pena tener. Entre las muchas calumnias publicadas contra Cristo, está la afirmación de que nunca

sonrió. ¡Como si un hombre de rostro largo y semblante triste pudiera alguna vez atraer a los niños! No; *“el gozo que le fue puesto delante”* le permitió soportar la cruz. Hebreos 12.2. Siempre tuvo al Señor delante de Su rostro, en cuya presencia hay *“plenitud de gozo”*; y como Él estaba *“lleno de gozo”* por el rostro del Padre, nuestro gozo puede ser completo en Él. El rostro de Dios está lleno de gozo. Compare Salmo 16; Hechos 2.25-28; Juan 15.11. Debido a Su unción por el Espíritu, Él nos da *“aceite de gozo por luto”* (Isaías 61.1-3), de modo que, aunque estemos *“en aflicción por diversas pruebas”*, sin embargo, creyendo en Él, podemos *“regocijarnos con gozo inefable y lleno de gloria”*. 1 Pedro 1.5-8.

Cielos Nuevos y Tierra Nueva.—

Vuelvan a leer Hebreos 1.10-12 cuidadosamente. Nos dicen, lo que ya hemos aprendido, que Cristo es Creador. El Padre mismo da testimonio del hecho de que Cristo puso el fundamento de la tierra, y que los cielos son obra de Sus manos. Cuando Él los hizo, eran, por supuesto, nuevos; y siempre habrían permanecido nuevos, si el pecado no hubiera entrado en el mundo; porque la justicia es eterna y la característica de la eternidad es la juventud perpetua. Pero a causa del pecado se han envejecido y desgastado, como una prenda de mucho uso. Así, como una prenda, serán doblados y cambiados. Cuando una prenda se gasta, y por lo tanto se cambia, ¿qué sigue? —Una prenda nueva. Si la prenda vieja no fuera a ser reemplazada por una nueva, no habría razón para cambiarla. Por lo tanto, en las palabras, *“Todos ellos se envejecerán como una vestidura; y como un vestido los envolverás, y serán mudados”*, tenemos la promesa de los *“cielos nuevos y una tierra nueva, en los cuales mora la justicia”*. La misma palabra que al principio hizo que surgieran de la nada, todavía permanece para *“crear todas las cosas nuevas”*.

Jesucristo por Siempre el Mismo.—

“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”. Hebreos 13.8. *“Ellos perecerán; mas Tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura; y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero Tú eres el mismo, y Tus años no se acabarán”*. ¡Gloriosa seguridad! Todo lo demás a nuestro alrededor puede cambiar; nosotros mismos cambiamos; pero Él es inmutable. A menudo, en nuestros cambiantes estados de ánimo, imaginamos que Cristo ha cambiado. No es así; hemos estado mirándonos a nosotros mismos, en lugar de a Cristo. Todo el pecado y la miseria en este mundo provienen de poner el yo en el lugar de Cristo. Nos regocijamos por un tiempo en el amor perdonador de Dios; pero, apartando la vista de Cristo, caemos en pecado, y entonces imaginamos que Sus sentimientos hacia nosotros han cambiado. ¡Imposible! *“Si nosotros somos infieles, Él permanece fiel; Él no puede negarse a Sí mismo”*. 2 Timoteo 2.13. Nos alejamos en pecado, pero no necesitamos desesperar, porque no podemos ir tan lejos que no podamos encontrarlo si lo deseamos. Él *“no está lejos de cada uno de nosotros”*, y Él es siempre el mismo. Él ama *“con amor eterno”*. Jeremías 31.3. *“Por la misericordia del Señor no hemos sido consumidos, porque Sus compasiones no fallan. Nuevas son cada mañana; grande es Tu fidelidad”*. Lamentaciones 3.22. Y *“este Dios es nuestro Dios para siempre”*. De la eternidad a

la eternidad Él es Dios, y en todas las generaciones Él es nuestra morada. Salmo 90.1, 2. Los cielos pueden desvanecerse como humo, y la tierra puede ser removida, sin embargo, podemos permanecer seguros, porque el Dios eterno es nuestro refugio, y *“debajo están los brazos eternos”*. Deuteronomio 33.27. *“Tú eres el mismo, y Tus años no se acabarán”*. Él no cambia, por lo tanto, *“los que confían en el Señor son como el Monte Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre. Como los montes rodean a Jerusalén, así el Señor rodea a Su pueblo desde ahora y para siempre”*. Salmo 125.1, 2.

“Cambio y decadencia veo en todo alrededor;

¡Oh, Tú que no cambias, quédate conmigo!”